

Andrea Andújar, Débora D'Antonio, Fernanda Gil Lozano, Karim Grammático y María Laura Rosa (compiladoras).
De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en la Argentina.
Ediciones Luxemburg, Colección Un Cuarto Propio, Buenos Aires, Argentina. Primera Edición, 2009, 224 páginas.

Durante la última década en Argentina, se ha asistido a un constante y prolífero espacio de discusión, investigación y producción de estudios sobre los años '60 y '70. Especialmente, referente al accionar de las fuerzas revolucionarias y las experiencias de los militantes de estos grupos políticos de izquierda, en tanto sujetos activos del periodo y ya no vistos como víctimas de la represión estatal de la última dictadura militar en el país vecino (1976-1983). Sus acciones, y sus decisiones por el involucramiento en la militancia política y en la lucha armada, tanto de hombres como de mujeres, han llevado a preguntarse quiénes eran estas personas, antes de ser militantes, y fruto de esos cuestionamientos, que aluden a una insuficiencia por las historias oficiales contadas durante los años posteriores a la época del terror estatal, que daban cuenta de buenos/malos y de sujetos solo en tanto sub-

versivos (as), surgen diferentes formas de respuesta, relatos de ex militantes, cuestionamientos de la generación siguiente (los hijos), y también desde el espacio académico, charlas, ensayos, e investigaciones, del cual este libro es un ejemplo.

El objetivo central de las compiladoras es aportar desde la perspectiva de género a estas indagaciones, focalizándose así en analizar la participación activa de las mujeres en los diferentes ámbitos del activismo político y de la vida social durante los 70. El enfoque metodológico se centra en ver a la (s) mujer (es) no como víctima (s), sino iluminar su accionar específico, grados y formas de intervención durante estos años.

La situación de las mujeres en la sociedad argentina se vio profundamente alterada entre 1960 y 1970 en sintonía con las transformaciones ocurridas a nivel internacional. Las

autoras señalan que fue la vida cotidiana y el espacio privado la esfera más sensible a dichas transformaciones, con la difusión de la píldora anti-conceptiva hubo una liberalización en los discursos respecto del rol tradicional de la mujer, de modo que se disoció el sexo de la procreación y se comenzó a cuestionar el modelo de familia tradicional. Las autoras entienden este contexto específico como causa y consecuencia de la irrupción femenina en el espacio político, sobre todo de aquellas pertenecientes a las capas medias que se vieron más afectadas por las transformaciones económicas, políticas y sociales. Se profundizó su participación en el mercado laboral, hubo un exponencial aumento en la matrícula universitaria femenina, que permitió su participación en política al vincularse con la militancia estudiantil. Por otra parte, demandas netamente feministas, como la equiparación entre los sexos y la supresión de la dominación masculina en todas las esferas de participación, son elementos vislumbrados por las militantes con posterioridad en sus experiencias de vida en el exilio.

De esta forma, el recorrido del libro compuesto por once artículos incluye la militancia y sus niveles de participación, sin embargo, del comienzo se plantea que no se pretende hacer una contra-historia femenina, pues el objetivo central es problematizar y redimensionar el relato histórico social con herramientas teóricas y metodológicas propias de los estudios

de género y del feminismo. Recuperar una pluralidad de voces y prácticas de mujeres para (re) pensar un pasado todavía presente y articular una cantidad de preguntas que sigan estimulando la renovación de los relatos y los estudios históricos.

La obra se estructura en tres partes, la primera de ellas "*Espacios de militancia y conflictividad*" reúne cuatro artículos, que poseen en común el elemento de la transgresión femenina en espacios concebidos por y para hombres, a saber, la militancia política, los partidos políticos, el involucramiento de religiosas en la teología de la liberación y la lucha armada. La sección se abre con el artículo de Marta Vassallo "*Militancia y Transgresión*", que nos invita a conocer el espacio de la militancia femenina aún no muy abordado dentro de este amplio espectro de estudios sobre los años '60 y '70. Vassallo destaca cómo la incorporación de las mujeres en la militancia política cambió la percepción que se tenía sobre sus capacidades. Así también, señala que la militancia femenina es una experiencia que se inicia en los '70 y postula que ésta influyó en la politización de lo privado, ambas características de esta generación. A pesar del discurso de la liberación, la militancia en pareja era alentada por los grupos políticos de izquierda, pues era vista como "*célula básica de afecto y acción*" (p. 26), pero conceptos tradicionales (burgueses) como novio/a, marido/esposa eran reemplazados por los de compañero y compañera que apuntaban a la

afectividad y la militancia al mismo tiempo. En este espacio, la maternidad cobra un papel importante, Vassallo postula que son los defensores de la familia tradicional en la época los que equiparan a las militantes con malas madres y con ello establecen la maternidad como una ruptura y no como una continuidad. Concluye la autora, señalando que en general, a pesar de la inclusión femenina, las organizaciones no implementaron la igualdad entre sexos, pues la lucha feminista era vista dentro de la lucha antiimperialista.

El segundo artículo, de Karin Grammatico, "*Ortodoxos versus juveniles: disputas en el Movimiento Peronista. El caso del Segundo Congreso de la Rama Femenina, 1971*", indaga sobre el peronismo y la acción política de sus militantes femeninas. Tomando como un eje central las grandes transformaciones experimentadas por las mujeres en estos años, en que su participación política y alto compromiso con ella eran elementos característicos sobre todo de las jóvenes militantes, y como segundo eje la coyuntura de las primeras elecciones democráticas luego de la dictadura de Lanusse, programadas para 1973 en que el Peronismo podía retomar el poder ejecutivo y en que el tema de la unificación del movimiento y la cohesión de sus militantes, hombres y mujeres era fundamental; Grammatico se cuestiona qué modelo de mujer y militante propone el movimiento en el segundo congreso de su rama femenina, para unificar a las mu-

jerer. Y concluye la autora en que la unidad apelaba al papel de la militante en tanto esposa y madre, a pesar del contexto signado por el feminismo y las transformaciones en la situación de la mujer, el movimiento por su parte, no era receptivo a reconsiderar el rol de la mujer en política y en las relaciones entre los sexos, el debate en estos años era así en términos generacionales, respecto de las nuevas militantes jóvenes más críticas de la antigua conducción, y no un debate de género.

En el tercer artículo de esta primera sección, "*Entre Marianne y María. Los trayectos de las religiosas tercermundistas en la Argentina*", Claudia Touris se propone indagar el impacto de la renovación conciliar y de la teología tercermundista en la vida religiosa, para establecer así especificaciones de la militancia religiosa femenina. En estos convulsionados años, existían dos modelos de mujer de larga data, por una parte, *María*, virgen y madre, modelo de espiritualidad, sumisión, pureza y abnegación, y por otra parte, *Marianne*, modelo en tensión con el anterior, nacido del influjo republicano y laico (s. XVIII), asociado a la participación y el involucramiento ciudadano en la esfera pública, inspirado en valores como la libertad, igualdad y fraternidad. Las ideas y discusiones surgidas en el Concilio Vaticano II (1959) de la mano del Papa Juan XXIII lograron dar un nuevo aire a la vida de los religiosos, las ideas de renovar y movilizar la teología y la forma de vida de los religiosos acorde con las

nuevas realidades, calaron hondo en Argentina que además vinculadas al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (socialismo humanitario, cristiano y latinoamericano), significó en las religiosas la proliferación de un discurso tensionado por el cruce entre la dimensión religiosa y la dimensión política. El vínculo pueblo=peronismo las llevó a la vida política, comenzaron a establecer contacto real con las personas (supresión de la clausura), lo que produjo cambios radicales y una crisis de las vocaciones religiosas. Touris concluye que si bien hubo un involucramiento real de las religiosas en política por su lucha social, existió en ellas una moderación discursiva, que la autora considera como un mecanismo de supervivencia, pero de igual modo dieron cuenta de un tercermundismo temperado, debido al modelo de femineidad subordinado que aún prevalecía, un discurso mariano lleno de experiencias con sentido político (*Marianne*).

Para cerrar esta sección, el artículo de Luciana Seminara y Cristina Viano, "*Las dos Verónicas y los múltiples senderos de la militancia: de las organizaciones revolucionarias de los años 70 al feminismo*", da cuenta del itinerario de dos mujeres que comenzaron su actividad política como militantes en los años '60 y '70 y que en su experiencia en el exilio reorientaron su búsqueda hacia otra perspectiva militante, el feminismo. Los relatos sobre los años '70 y la participación femenina en la actividad militante ha

dejado silenciado el papel desarrollado en el campo de la lucha armada, sin embargo, en los relatos de estas dos Verónicas (Verónica B. y Verónica G.) las armas constituyen un instrumento de narración, pues éstas trazaron límites, diferenciaron y también excluyeron y jerarquizaron desde el interior de las mismas organizaciones, así mismo el exilio se puede apreciar como la instancia de su encuentro con el feminismo pues éste se va colando en su cotidianidad y en su vida profesional, hasta convertirse en una nueva militancia. Las autoras concluyen que, "*la menor incidencia de las memorias femeninas en la construcción de la memoria social está en parte condicionada por dispositivos sociales y de género más que por decisiones voluntarias y singulares*" (p. 84), es por ello que las mujeres han optado por recluir sus recuerdos en ámbitos privados, lo que no ha permitido que éstos circulen y se resignifiquen en otros espacios.

Continuando el recorrido de este libro, nos inserta en un segundo espacio de reflexión sobre la participación femenina en el devenir de los años '60 y '70 en Argentina. La segunda sección, "*Prácticas terroristas, prácticas de resistencia*", se compone de tres artículos, que posiciona a las mujeres en espacios que las resignifican y reconfiguran en su posición no solo como militantes sino también como mujeres, a saber, la cárcel, la persecución y acoso constante, y el exilio. Inicia esta sección el artículo de Débora D'Antonio, "*Rejas, gritos, cadenas,*

ruidos, ollas. La agencia política en las cárceles del Estado Terrorista en Argentina, 1974-1983", que tiene por objetivo analizar las experiencias de hombres y mujeres en el periodo carcelario y el impacto que tuvo la cuestión de género en el diseño de la tecnología represiva. D'Antonio señala que en este periodo se asiste a una devaluación de la política, la consideración del "desaparecido" = víctima, le quita lo político. En el espacio carcelario, los presos desde el '76 en adelante asisten a un endurecimiento de las políticas de la represión, fueron tomados como rehenes, las mujeres fueron manipuladas y consideradas botín de guerra. El objetivo era la destrucción física y psicológica de los presos, transformarlos en seres pasivos, negándoles lo íntimo individual a la par que lo colectivo. El género de los presos, por otra parte, fue un punto decisivo señala la autora, respecto del diseño de las tecnologías de dominación, se entendía que el rol de la mujer era conscientemente trastocado por las militantes y por ello eran duramente castigadas, así el presidio femenino fue entendido como una instancia punitiva y de adoctrinamiento, frente a toda la violencia de la represión, las mujeres tuvieron que experimentar además la violencia sexual y de género. Sin embargo, para los presos y presas la vida carcelaria no significaba el fin sino el comienzo de una política en resistencia, en que las mujeres no suspendieron los reclamos por las condiciones de vida ni renunciaron a hablar con las auto-

ridades carcelarias para plantear sus demandas.

En el siguiente artículo que compone esta sección "*Mujeres en situación de prostitución como blanco del accionar represivo: el caso del Comando Moralizador Pío XII, Mendoza, 1974-1976*", Laura Rodríguez intenta reconstruir el accionar del aparato represivo sobre las mujeres en situación de prostitución en Mendoza los años previos a 1976. Los comandos fueron constituidos para defender a la población de la penetración marxista y para resguardar la moral y estaban vinculados directamente con la policía local, eran grupos que realizaban atentados con bombas, y el asesinato de mujeres prostitutas y rufianes. Para estos grupos el enemigo militante político era equiparado con las prostitutas pues ambos subvertían el orden, no solo ellos sino también los judíos, homosexuales, comunistas, etc., era un deseo de limpiar las calles de todo aquello diferente a los modelos establecidos por la represión. Las prostitutas eran amenazadas, atacadas y puestas en calabozos, la autora define este accionar como la acumulación primaria del genocidio, además de una evidente demostración de la asimetría de poder entre hombres y mujeres, estableciéndose así una relación directa entre poder, cuerpo, género e ideología, lo que se traduce no solo en una opresión de género sobre estas mujeres, sino también en una opresión de clase.

Cierra esta sección, el artículo de Marina Franco, "*El exilio como espa-*

cio de transformación de género”, que considera el exilio como una práctica represiva del terrorismo de Estado y a quienes lo vivieron, como víctimas, y analiza los vínculos de género y transformaciones en el exilio, en lo privado y en lo público, para ello la autora reúne relatos de experiencia en el exilio francés entre 1973 y 1983. El exilio señala Franco es el resultado de una decisión forzada pero tomada voluntariamente por los sujetos para escapar del miedo y la violencia, pero esta los obliga a vivir con culpa por sobrevivir o por vivir en mejores condiciones. Las experiencias cotidianas permiten observar las prácticas y estrategias de los sujetos, las diferencias de género y los cambios que se experimentan en las representaciones y funciones de mujeres y hombres en la nueva realidad. Según los relatos, la autora comprueba que los hombres desarrollan un rol menos activo, paralizados por el cambio y la carga de la derrota, mientras que las mujeres se adaptaron más rápido, solucionaron problemas y muchas veces se convirtieron en el sostén de sus hogares. En el exilio la actividad política no cesó, se concentró en organizaciones de solidaridad, en ellas las mujeres participaron activamente, para ellas, el exilio es una experiencia de despolitización respecto de como antes se vivía, como una entrega completa a la lucha, la política se resignificó en torno a la demanda político humanitaria. Fueron especialmente las prácticas y experiencias cotidianas de las mujeres las

que significaron un aprendizaje político que pudo tener efectos en el espacio privado y público, pero a pesar de la tesis común sobre la evolución lógica hacia el feminismo, Franco destaca que entre las mujeres primó la lucha por los derechos humanos por sobre la cuestión de género.

La tercera y última parte de este libro, *“Representaciones, imágenes y vida cotidiana”*, aborda otra dimensión de los años '60 y '70 y su relación con el mundo femenino, aquella vinculada a la imagen de mujer que existe y que se va transformando frente a los ojos de los argentinos, en la televisión, la música, las revistas, y también el arte. Andrea Andújar con su artículo *“El amor en tiempo de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll”*, abre esta sección, con un recorrido por las transformaciones femeninas experimentadas en estos años, demostrando que frente al ideal femenino (mariano) más expandido socialmente, otros comenzaban a abrirse paso, señalando que no solo las militantes son fruto de este cambio, también surgen las feministas, sindicalistas, rockeras, hippies, etc. A todas ellas las une una oposición a los valores, creencias y comportamientos de la generación de sus madres (sumisión, dependencia, pureza). Uno de estos espacios de transformación fue el rock, emblema de rebeldía de los jóvenes de sectores medios, con letras en español que hablaban sobre el amor sin compromiso, el deseo sexual y la ini-

ciativa de las mujeres en esta materia. Un segundo espacio de apertura, era el de las telenovelas, en ellas aparecía el modelo de mujer imperante, pasivo y en búsqueda del amor (heterosexual, monogámico y con proyección) pero también iba permeando el prototipo de la nueva mujer, aparecían así personajes femeninos que trabajaban, y luchaban por el amor oponiéndose a la autoridad de los padres. Finalmente, el espacio de la militancia, la incorporación de mujeres da cuenta de esta apertura y la proliferación de relaciones de pareja también, claro que se trataba de relaciones amorosas que ponderaban el compromiso revolucionario y el bienestar colectivo antes que las preferencias (pequeñoburguesas) individuales, se regían por una estricta moral y un modelo de familia tradicional a pesar de la irrupción del “amor libre”. Así señala Andújar, en los bienes surgidos de la industria de la cultura en estos años prima la representación femenina como víctimas, dependientes y débiles, pero lenta y sostenidamente comienzan a surgir otras figuraciones femeninas que contrastan con el discurso patriarcal.

El segundo artículo “*De los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven liberada*” de Isabella Cosse, nos muestra que comenzó a resquebrajarse un modelo femenino, el de la domesticidad frente a la irrupción del prototipo de la joven liberada, rebelde y emancipada. En las revistas, a pesar de las contradicciones, se asiste a una

modulación en los ideales femeninos en los estratos de vanguardia y más controversial en los demás sectores. En las revistas de vanguardia primaba el modelo de mujer liberada con un eje central en la aceptación del deseo sexual y la búsqueda de la realización profesional, modelo integrado además en el sentido común de los lectores, sin embargo este modelo de mujer liberada se terminaba de construir con la timidez que mostraban los cambios en los sectores medios más amplios. Las revistas de estos sectores eran permeables a publicar en sus páginas una respuesta moderada al feminismo por la condición denigrante de ser dominadas, pero apuntaban a una reivindicación de los derechos sin ir en contra de los hombres. De este modo el impulso del nuevo modelo representaba a mujeres de un sector social y de una generación que se distinguían por la desacreditación de la condición de ama de casa y la aceptación de la sexualidad premarital.

Rebekah Pite, en su artículo “*¿Sólo se trata de cocinar? Repesando las tareas domésticas de las mujeres argentinas con Doña Petrona, 1970-1983*”, insiste en el discurso tensionado de la nueva y la antigua mujer personificado en Doña Petrona, ícono argentino de la domesticidad, una mujer que cada día llegaba a las casas de los argentinos por la televisión para enseñar a las mujeres las mejores formas de cocinar y agasajar a su marido y su familia. Sin embargo, Doña Petrona no quedó ajena a las transformaciones

ocurridas en estos años, y al igual que muchas mujeres debió adaptarse a los nuevos tiempos, y sin rechazar el modelo tradicional de mujer, fue creando formas de integrar ambos prototipos. De esta forma, el arte de cocinar, señala Pite, había cambiado mucho como resultado de la profesionalización de las mujeres, las tribulaciones de la economía argentina y los nuevos tipos de conocimientos. Si bien Doña Petrona se fue adaptando a las necesidades de la cocina actual, ya no sería la figura dominante en esta empresa y después de treinta años en televisión decidió retirarse pues la visión de la domesticidad que ella impulsaba era cada vez menos atractiva para la sociedad argentina, además se había tomado conciencia en la sociedad que la represión había dejado numerosos puestos vacíos en incontables mesas familiares en el país.

El último artículo de esta tercera parte y de este libro, *“Rastros de la ausencia. Sobre la desaparición en la obra de Claudia Contreras”*, escrito por María Laura Rosa, da cuenta de cómo el arte puede hablar del genocidio. La artista en su obra, se propone mostrar las formas y también de los efectos del fenómeno concentracionario de la última dictadura militar argentina, y cómo éste intenta borrar el rostro y el nombre, la identidad de las personas quedando solo el cuerpo como piel de la memoria de aquel sufrimiento. El arte, de esta forma, no queda ajeno a la situación político y social y regresa recordando lo su-

cedido y como crítico mordaz de aquel periodo, como un arte político. Claudia Contreras, señala la autora, refleja la pobreza y desesperación que sufre un gran número de argentinos por la descomposición y el olvido, recurriendo al simbolismo y al silencio para dar cuenta de la desaparición y de los efectos humanos de la violenta represión, de manera que no solo se genere un choque en el público al ver su obra sino una toma de conciencia y les provoque reflexionar sobre lo que ven.

En síntesis, la invisibilización de la política producido por el deseo de olvido y de hacer borrón y cuenta nueva, no había permitido a los y las ex militantes encontrar un espacio para narrarse, sin embargo, el contexto de la última década en Argentina, con estudios e investigaciones sobre estas materias, se los da. Este libro nos sitúa de lleno en el nuevo espacio de la rememoración, puesto que los relatos que nutren los trabajos aquí revisados dan cuenta de un cambio experimentado en la emergencia del testimonio que va unido a la evolución de la voluntad de escuchar, es decir, existen en este momento las condiciones de posibilidad de enunciación que definen los límites de lo decible, que no depende solo de condicionamientos individuales, pues existen momentos para contar la propia vida y condiciones para hacerlo.

MELISSA SAAVEDRA L.
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE